

EDITORIAL

“[...] el lenguaje es nuestro caparazón y nuestras antenas; nos protege de los demás y nos dice qué son; es una prolongación de nuestro cuerpo; lo sentimos espontáneamente al pasarlo cuando nos dirigimos a otros fines, como sentimos nuestras manos y nuestros pies; cuando lo emplea otro, lo percibimos como percibimos los miembros de los demás (...). La palabra es cierto momento determinado de la acción y no se comprende fuera de ella.”

J. P. Sartre

Nos propusimos trazar márgenes donde poder acampar entre la Filosofía y la Literatura. Por ello nos aventuramos en un ejercicio filosófico grupal: ensayarnos sin un fin establecido de antemano. Una habitación minúscula, colores opacos y sus estridentes maderos donde deslizar nuestros pasos. Una infusión vespertina entre cenizas y leves columnas de humo de cigarrillos, junto al eco de una tribuna hinchando en un superclásico, compusieron el cuadro, nuestra *cocina de sentido*. Estos acontecimientos fortuitos fueron desde donde se entrecruzaron las líneas de esta editorial. Tal vez, el primer desafío de comenzar a escribir una editorial, es poder delimitar o acotar la extensión de algo que nos envuelve, de algo que se trama en un vasto mar de palabras y que engendra desazón cuando pretendemos herir la hoja en blanco para explicar, signos mediante, los qué y los cómo de ese mar.

Pensamos en la imagen de *la cocina del sentido*, no para retomar las tesis de Barthes, sino para no entender nuestra escritura como producto acabado, como fin. ¿Cómo y con qué se van cocinando nuestras escrituras? Como lectores, ¿nos permitimos apreciar el ritual de escribir o solo nos conformamos en degustar algo ya listo, sin interés en saber cómo devino texto? Simplemente intentaremos pensar-sentir las relaciones que se traman entre la Filosofía y la Literatura a partir de al menos tres interrogantes que emergieron como resultado de encuentros y lecturas cruzadas: ¿Qué es escribir?, ¿Por qué escribir?, ¿Para quienes escribir?

Vista la Literatura como posible herramienta-estrategia de irrupción, de quiebre, de metamorfosis, de des/orden, tomando al lenguaje-texto como un campo de lucha donde pujan tensiones, donde lo visible e invisible trama relaciones políticas; viene a nuestra consideración que la misma en cuanto tal, puede, como punto de fuga, dar a luz posibilidades de construcción, destrucción o deconstrucción de realidades que se refugian en los bordes. La fina relación entre la Literatura como modo posible de agenciar mundos, y la Filosofía, como un estilo de reflexionarlos, nos lleva a re-pensar la función pragmática de estos campos disciplinares, de modo tal, que podamos alumbrar una idea abierta del por qué y el para qué de sus posibles interrelaciones. Pessoa nos dice que “la literatura es la forma más agradable de ignorar la vida” creando de este modo otras realidades, es decir, ficcionar mundos.

Si tuviésemos que apostar por un lugar donde morar entre la Filosofía y la Literatura, sería el espacio común a ambas habilitado por la escritura. Una escritura con aires de artista, porque no es una entidad abstracta sino una apuesta y puesta en acción que *hace con lo que dice*: es performativa. Una escritura poeta, que metaforiza los mundos que crea. El poeta es quien hace con las palabras, expresa, transmite vivencias, afectos, pluriversos. La escritura se forja como acto poiético. En tanto invención se encuentra al abrigo de la creatividad y el deseo, su cuota de razón es un agregado menor –quizás como prerrogativa a fin de un mínimo de comunicabilidad–. Resulta que se pueden abrir un sinfín de lazos que se trenzan entre las palabras y los silencios. Si podemos estimar al pensamiento como un gesto que pretende dotar de orden a través del lenguaje y, este último puede ser pensado como una herramienta que excede la acción comunicativa y ordenadora; esto es, no sólo se habla para decir, sino que también el acto de callar dice y, a la par, se decide qué se dice o no y cómo se dice. Somos amos parciales de nuestras palabras, al menos en la posibilidad mínima de decisión: siempre decimos más de lo que nuestra razón cree decir. En la literatura el lenguaje es también un gesto político.

La Literatura encarna así, el traje de la acción. Se escribe desde un lugar, una biografía, se escribe porque no se da más, porque el pensamiento desborda. Se escribe como gritando, para hacer extensivo el pensar en forma de signos: se escribe porque se huye, porque el pasado es más tibio o la utopía aún no ha llegado. Porque hay denuncia, indignación, angustia, lamento, memoria, deseo. La Literatura, al igual que la Filosofía, tiene como telón de fondo la *vida*. Escenario donde acontecen en simultáneo ficciones discursivas que se tensionan, contradicen, retroalimentan, disparando multiplicidades de sentidos posibles que atraviesan nuestros cuerpos y modos de habitar (nos).

Los engranajes de la acción no se activan sino a través de una invitación: el deseo es lo que moviliza, la pulsión es donde habita tal movimiento. La acción hecha cuerpo-lenguaje en la mano que dibuja trazos, en la espalda encorvada de quienes trabajan la tinta y el papel, en quienes escuchando, sintiendo y pensando en interlocutores que aún no existen (porque siempre están por dibujarse, por recrearse), habitan las vidas posibles de esos personajes: la acción encarnada en la escritura precisa de cuerpos deseantes. Cuando no hay deseo se torna nula la posibilidad de transgredir y desdibujar los límites establecidos que definen qué es Filosofía y qué Literatura. Qué decir de los cánones, que eclipsan aquellas escrituras menores no favorecidas por el discurso amo. No somos disecadores de textos que estamos para clasificarlos. Textos, cuerpos vibrantes que desbordan los casilleros que inventamos para ordenarlos. El orden, ese pertinaz gusano intelectual de Occidente. ¿Seremos guardianes de categorías de mausoleo o experimentadores de las singularidades que se tejen en los textos? Cocinar sentidos también es poner nuestra corporalidad, dar cuerpo a nuestras palabras.

Quizás, *el mejor de los mundos posibles* resulta utópico entendido desde los límites de una ontología que en sí misma posee límites, más, desde el campo literario, la virtualidad del *como si* nos arroja ante el poder intempestivo de la imaginación: es posible jugar en los intersticios,

habitar márgenes indefinidos. No en busca de duplicaciones híbridas del mundo, sino abriendo la puerta a las heterotopías que hacen a la constante invención de nuevos horizontes resignificando acontecimientos, inscribiendo agencias en el discurso. Posiblemente, escribir no sea más que la invitación a jugar en el terreno de lo indefinido donde la ilusión del yo da lugar a una multiplicidad de voces. Escribir también es hacer posibles otros cuerpos-mundos.

Comité Editorial
Trazos- Revista de Estudiantes de Filosofía